

PARA EL ALCALDE A la muerte de un héroe

Los núcleos de las poblaciones tienen poca importancia para el caso; lo cierto y verdad es que las personas que en ellas ocuparon cargos elevados se preocuparon para engrandecerlas de sus barrios humildes, que es donde existe el abandono, y por esto yo me dirijo al Sr. Hernández, porque a más de ser muy noble tiene en todo aquello que con el bien se relaciona, el corazón proporcionado a su nobleza.

Lo que vengo viendo con pena, mejor dicho, con desconsuelo, es esto, y si el Sr. Alcalde quiere confirmarlo con hechos, ocasión tiene que ni de molde. Yo quisiera, y perdone éste señor la molestia que le produzco, y dando esquinazo por cinco o diez minutos a las personas que en su despacho le puedan cortesanear o adular, tomase un cochecito o tartana, y conste que no es mi ánimo cansar a las caballerías, y una vez dentro de él hiciera rumbo a las calles de Santa María, San Antonio, San Roque y Santa Catalina, cuyas calles andan a puñetazos con sus nombres, y vería que en esas calles viven ciudadanos que con muchísimo gusto contribuyen, como los demás hacemos, para el mejoramiento de éste hermoso pueblo, del que me considero con orgullo de en él haber nacido. En las tres primeras calles, Sr. Alcalde, hay ladroneras de la salud pública (la que por su cargo le tenemos encomendada) que lo mismo la quita a la infancia que a la vejez; acaso, y no me cabe la menor duda, que porque usted no se dió cuenta es por lo que en ellas existen esos focos de infección que son los que lo mismo nos roba del mundo de los vivos a un niño que a un anciano, y sin duda es por lo que no dió las órdenes oportunas para que de la vía pública desapareciera ese cieno que tantas vidas arrebató paulatinamente, sin que se pueda exigir responsabilidad a nadie, y que tanto nos denigra en la época en que vivimos.

De la calle de Santa Catalina, y por respeto a ésta, no hago cargo ninguno porque es de todos conocido el que podría hacer.

Sr. Alcalde de Daimiel: ni me vuelvo atrás, ni pongo dinero por la denuncia como pudiera ser costumbre en algunos, ni sus consecuencias personales las rehuyo, como pudieran hacer otros, únicamente, y por considerarlo de un bien general y muy grande, me permito un ruego en beneficio de los vecinos de las citadas calles y de los que en ellas no vivimos, que dé las órdenes oportunas y que desaparezcan de la vía pública esos focos de inmundicia, mejor dicho, ladrones de nuestra salud, ante los que nos debemos avergonzar por las desgracias que consigo traen.

Un pedazo feliz de la existencia es la infancia, pobres y ricos gozan de ella. ¡Qué edad tan hermosa!

No olvide, Sr. Alcalde, que el que si esos focos siguen yo no incurro en ese delito de lesa infancia.

Mariano Rodríguez

A. H. M.
DAIMIEL

Mientras que a lo lejos se oían los toques de corneta, la oscuridad de la noche se apoderaba del Campo donde se había librado la batalla.

En aquel intrincado monte donde se veía una vegetación exuberante, sólo quedaba huella sangrienta de una espantosa lucha.

Infinitos despojos humanos enrojecían la tierra; uno alentaba sin embargo; el sello del dolor se veía impreso en su semblante, como queriendo continuar la vida que huía por los bordes de una mortífera herida de bala rifeña, observándose en su rostro el gesto amenazador del odio y la venganza.

En su uniforme mostraba las insignias de Teniente, tintas en generosa sangre; incorporose con gran trabajo y apoyándose en un risco contempló con una mirada vaga y agonizante el horroroso cuadro que le rodeaba.

De pronto, el joven moribundo, por un esfuerzo desesperado de su no extinguida voluntad, se puso de rodillas y fijó la vista en un cadáver oculto por unos matorrales.

Era el inanimado cuerpo del abanderado de un batallón, cuya agujereada bandera se hallaba al lado de su compañero.

Un rayo de orgullo invadió al héroe y arrastrándose consiguió recoger el emblema de su patria y extenderlo sobre su pecho.

Miles de ideas, quizás, cruzaron por su mente: y sacando un retrato de su guerrera (el de su madre) le besó y exhaló el último suspiro.

.....

No tiene sepulcro conocido; pero sí tiene dos altares; uno en el corazón de su madre. El otro en el emblema sagrado de su patria ¡¡su bandera!!

R. Dopazo

DICE EL ALCALDE....

¿.....?

—¿Pero qué quiere que le diga? ¿No vé que un Alcalde a quien se sustituye por R. O., no tiene más derecho que poner cara triste? Por ésta causa, y como era demasiado alegre la cara que puse cuando ví en lontananza mi sustitución, me quité la barba para que así resultase mucho más triste de lo que debía ser, en caso de que en realidad lo sintiese.

¿Y qué quiere que le diga más? Mi gestión que la juzgue el pueblo, que contento recibiré sus censuras o plácemes, si merezco algunas.

Y aquí termino: el Alcalde saliente no dice nada. El Alcalde que viene lo dirá todo.